
Presentación

Qué aspecto de nuestras vidas está libre de violencia? Cuando decidimos dedicar un número de *fem* a este tema, descubrimos el hilo persistente que recorre toda la trama de nuestra condición como mujeres. Si por violencia entendemos aquellos que nos obliga a estar fuera de nuestro modo, estado o situación natural, empezamos a reconocerla en todos los aspectos de nuestra existencia: en nuestras relaciones con los demás, nuestros cuerpos, y hasta en nuestras fantasías.

La violencia es resultado de la dominación, el medio extremo para someter al otro. En este sentido puede significar una perversión de la naturaleza humana y una negación de todo lo que significa vida y crecimiento, o bien, puede significar justamente lo contrario: el medio para liberarse de un yugo oprobioso, el recurso último de la rebelión. Depende de quién la emplee y para qué fines.

Como mujeres, nuestra historia está signada, desde tiempo inmemorial, por la violencia como negación de la vida. Objetos de placer, máquinas reproductoras, bestias de trabajo, rara vez personas. Cuando nos hemos atrevido a reivindicar para nosotras esa condición, nos hemos encontrado con una feroz resistencia por parte del orden establecido y aún de nosotras mismas: desde lo que hemos aprendido que "debemos ser". Olympia de Gouges, la revolucionaria francesa que luchó por incluir a las mujeres dentro de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano en 1789, murió guillotinado por su atrevimiento. En muchas partes del mundo las cosas no han cambiado mucho desde entonces: ¿qué decir, por ejemplo, de las iraníes a quienes se castiga brutalmente por su resistencia a volver a los modos tradicionales de sometimiento a la autoridad patriarcal?

En nuestras sociedades occidentales aparentemente no se nos obliga a correr esa suerte en la lucha por la reivindicación de nuestras personas, pero si miramos un poco más de cerca, sobre todo en nuestro atribulado continente, encontramos que no estamos tan lejos de eso. ¿Se han inventado tantas formas de reprimir a las mujeres! El escarnio, la burla, la trivialización a veces son suficientes, pero también se emplean, y con alarmante regularidad, medios físicos de coacción como los que describe Ximena Bunter.

No podemos siquiera empezar a mostrar todas estas formas de reprimirnos en éste, nuestro primer intento. Tampoco quisimos hacer un catálogo de horrores. Nos animó más el deseo de exponer la violencia que vivimos y enfrentamos, *sin denunciarla solamente*, aunque el hecho

de desenterrarla implica abrir la puerta a algo que se niega con demasiada facilidad. Quedarnos en la denuncia significa vivir la violencia como víctimas solamente, y nosotras emprendimos algo más difícil: conectar las distintas formas de violencia, dibujando sus rasgos sobresalientes, para *enfrentarlas*, y finalmente, *mostrar que existen alternativas que nosotras mismas hemos construido* y que son cada vez más importantes.

Por esto, este número de *fem* se inicia y concluye con ejemplos de la resistencia que las mujeres hemos ideado para oponernos a la violencia política ejercida por los gobiernos. En toda América Latina han surgido, en los últimos años, grupos de mujeres como las Madres de Plaza de Mayo (llamadas "locas" alguna vez), de las que escribe Mirta Henault, y que claman por el respeto a la persona humana desde su posición como madres, esposas, hijas hermanas de presos y "desaparecidos" por "actividades subversivas". Como le dice Rosario Ibarra de Piedra a Carmen Guitián en la entrevista que publicamos, "...no supieron lo que hicieron al quitarnos un miembro de la familia. Era uno el activo, pero al podarnos, salieron cinco brotes..."

Las formas de lucha política de las mujeres varían desde el trabajo paciente de los comités de familiares en nuestros países, hasta las magníficas manifestaciones antibélicas realizadas en Europa y los Estados Unidos que analiza Adriana Ortega.

Sin embargo, también existe la violencia *dentro* de la familia. Esa violencia invisible, escondida en el hogar, y que Judith Astelarra caracteriza como el producto de la dominación patriarcal. Afortunadamente, ésta empieza a salir del ámbito de lo "privado" gracias a los esfuerzos de las propias mujeres por establecer redes de apoyo mutuo y refugios para sus compañeras golpeadas. En nuestro país han aparecido algunas organizaciones de este tipo, debemos esforzarnos por multiplicarlas y fortalecerlas.

Amnistía Internacional dedica este año a la denuncia de las mujeres presas por motivos políticos. Existen miles en todo el mundo. Proviene de todos los ámbitos: muchas son luchadoras sociales y políticas, otras más, han sido encarceladas por su relación de parentesco con otros. Hemos querido dedicarles un espacio, acompañado del testimonio de María de Jesús Rodríguez, y mostrar cómo, aún desde la cárcel, las mujeres creamos espacios para la vida.

La violencia contra las mujeres es el resultado de una cadena de opresiones, de "campos de dominación" como los llama Mireya Toto, la defensora de Elvira Luz Cruz, condenada a 23 años de cárcel por un delito que no cometió. En su texto, *Un proceso medieval en el siglo XX*, que de alguna manera sintetiza y enlaza a los demás, muestra, capa por capa, la pesada lápida que pesa sobre nosotras.

Berta Hiriart, con singular lucidez, aborda el tema tan difícil de *la violencia de las mujeres* que suele manifestarse como culpabilización, ese "cuchillo invisible" que inmoviliza y nos petrifica como víctimas. ¿Cómo liberarnos? Solamente nos queda un camino: el de la rabia, pero la rabia constructiva, esa furia creadora como la de Fantina, personaje enigmático dibujado por Jean Franco.

Por último, hemos querido dar cabida, a la creación literaria. Esta vez, con dos relatos además de *Fantina*, escritos por dos pequeñas autoras en ciernes, llenos de frescura y vitalidad. Con ellos, dos poemas, escritos —sentidos más bien— por dos mujeres en distintas etapas de la vida: Lizbeth Padilla y Sol Arguedas

fem